



DE ROMERÍA

A Ismael Enrique Arciniegas

Por la selva enorme de la vida paso
lentamente. Llevo fatiga y pereza.
Sobre la montaña tiembla un brillo escaso,
pero ya la noche teje en el Ocaso
su abrigo de sombras para mi tristeza.

Traigo en las alforjas muertas ilusiones,
esperanzas mudas, sarcasmos bufones,
ajenjos y mieles, filtros y ambrosía,
y un amarillento libro de canciones
que a mi juglaresca juventud servía.

Porque en los recodos del sendero, frente
a senos que ondulan y ojos picarescos
canté suaves cosas; y amorosamente
desgrané mis besos—sonoro torrente—
en las trenzas brunas y en los labios frescos.

Porque fui cantando por todo el camino...
Ya no canto nada; soy un peregrino
de alforjas raídas y empolvado traje,

y sólo el recuerdo de un amor divino
me sostiene como mi bordón de viaje.

Callado atravieso la selva... ¿Quién viene?
¿Qué mano es, piadosa, la que me detiene?
¿Trovador, qué buscas?...

—No, buen camarada,
mi alma es lira rota; no hay cuerda que suene;
sigue tu camino; ya no canto nada.

La fatiga es muda y en mí se resume;
la pereza calla y en mí se consume;
muy de cuando en cuando, por un rumbo ignoto,
llega a mí el Ensueño, tal como el perfume
de un jardín oculto, fragante y remoto.

*
*

...Mas dile á tu amiga que este amarillento
papel, de mi libro de estrofas arranco;
—Feliz tú, poeta!—medito un momento...
Y surge en la sombra de mi pensamiento
la visión de un ángel luminoso y blanco.

Dile que un alcázar es mi fantasía
donde hay un rey hosco, que es el Desengaño,
y una reina amable, que es la Poesía,
y el Dolor, un príncipe medroso y huraño,
y una dulce infanta, la Melancolía.

Dile que á ofrecerle salen, estos dones
de mis regocijos y mis desventuras:
estas joyas viejas, son de mis canciones;
estas rosas tristes, son de mis pasiones;
estas claras gemas, son de mis ternuras,

Dile que...

Buen bardo, sigue tu camino;
ya no canto nada, soy un peregrino
de alforjas raídas y empolvado traje,
y sólo el recuerdo de un amor divino
me sostiene como mi bordón de viaje.

1904



A UN ARTISTA QUE QUIERE PINTAR MI RETRATO

Es en el fondo de mi vida donde
duerme muda y buraña, la Tristeza,
y sola y pusilánime se esconde
como un reptil se oculta en la maleza.

Vulgar y sonriente, no responde
mi rostro a mi emoción. Es fortaleza
mi faz broncínea; que tu mente ahonde
en la máscara oscura.

 Mi cabeza
de fealdad corriente, se ilumina
de cuando en cuando, con la luz divina
de una ilusión... Sorprende tal momento,
y asómate a mi alma, que ahí escondo,
en el fondo vital, muy en el fondo,
el dormido reptil del sufrimiento.

1906





A THAIS

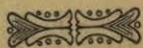
Beso tus ojos tristes como suele
sus reliquias besar, en tanto reza,
una anciana piadosa. Y tu cabeza
que a perfumadas liviandades huele,

beso, porque mi beso te consuele,
mi beso que es unción y que es tristeza,
mi beso que está limpio de impureza,
mi beso que no mancha y que no duele.

Yo bien sé que es romántica locura
besarte así, con beso que no alcanza
a encender la pasión sensual e impura;

mas gusto de juntar en suave alianza,
mi aspiración de amor y de ternura
a tu ideal de ensueño y esperanza.

1905



ALMA VIEJA Y JARDIN MUERTO

Las ventanas de mi vida
dan a un jardin viejo,
sólo, abandonado,
triste, amarillento;
los troncos sin savia,
los follajes secos,
las ramas con polvo,
las aves con sueño;
baile de hojarascas
sobre los senderos;
en los rotos mármoles
musgos verdinegros;
y las fuentes secas
que parecen huecos
de ojos que arrancaron
y siguen abiertos.

Todo está polvoso,
todo está en silencio,
todo es una ruina,
todo es un misterio...



Se asoma siempre mi alma,
y ve el jardín muerto,
solo, abandonado,
donde en otro tiempo
hubo fiestas, músicas,
gritos, cuchicheos,
escalas de risas
y trinos de besos.

Alma mía, fuiste
joven loca; pero
goces y quebrantos
vieja te pusieron!

¡Suelta la camándula
que oprime tus dedos,
no recites preces,
ni masculles rezos;
recoge en tu cofia
los blancos cabellos,
cálate las gafas,
y mira a lo lejos!

Ten quietas las manos...
ya seguirás luego
teje que te tejes
bordados de ensueño.

¡Alma mía, añora!
¡Qué jardín tan bello
se aparece entonces
en el pensamiento!

Recorre el pasado
con el embeleso

con que un niño lee
su libro de cuentos.

¡Mira cómo viene,
piadoso el Recuerdo!
¡Cómo resucita
los jardines muertos!
Busca, nigromante,
busca, jardinero,
lirios de esperanza,
rosas de deseo.

En el polvo busca,
busca en el silencio,
hurga las ruinas,
sondea el misterio:
el jardín es grande
y aunque ya está viejo,
debe esconder muchas
flores de otros tiempos...

¡Anda, perezoso
y amable Recuerdo!
que la pobre vieja,
tejiendo, tejiendo,
pensando en las tumbas,
soñando en los féretros,
necesita flores
para el cementerio...

1907





MEDIO DÍA

I

Es de átomos de oro la llanura.
Pica el sol. Arde y resplandece el monte,
y la sierra es carmín, verde la hondura,
azul de lapizlázuli la altura
y gris de madreperla el horizonte.

En el letargo de los aires, mece
su abierta envergadura
un gran pájaro oscuro que parece
en somnolencia extática suspenso.

II

Bajo una fronda estoy, y vibra en torno,
como tela metálica, un intenso
hálito de bochorno.
Polvo de luz fulgura
hasta en la sombra que el follaje tiende
—movible mancha negra— en la verdura.
Todo brilla y se enciende:
el pedrusco cercano en que se estrella

el resplandor y que la vista ofende;
y en el confín, la rutilante huella
del día, que en la obscura
masa de la arboleda arroja y prende
flores de claridad por la espesura.
Un gran instante en la naturaleza;
un instante de calma y de ventura,
un instante supremo de belleza.

Son las germinaciones misteriosas
de las vidas que vienen,
del jugo que ha de dar trigos y rosas,
fruto en la rama y cardo en la maleza...
En su fecundación los campos tienen
una sensual pereza.

Pero aquí hay algo estéril: mi tristeza,
mi soledad que es egoísta... ¿Cuáles
¡oh sagrada labor! son mis auxilios
en medio de estos fondos inmortales
ambiente de los clásicos idilios?

La tierra es una entraña
que palpita de amor; el aire es denso
cual soplo de lujuria; hay un inmenso
temblor en la montaña
que va, de hierba en hierba, hasta el extenso llano..

III

...Y he aquí que mi existencia huraña
permanece impasible; sólo pienso
en que ya una mujer no me acompaña.
Y una obsesión extraña,
como un grano de incienso,
arde calladamente en mi memoria:
es mi vida, es mi historia.

Cierro los ojos; miro
mi ciudad, y mi barrio, y la calleja

de salitrosos muros, y la reja
por donde asoman flores...

IV

Y suspiro:

¡Oh mi antigua ciudad de conventuales
casas!... ¡oh reja que dejó a una mano
llegar hasta mi boca!... ¡oh soberano
plenilunio!... ¡oh mis viejos madrigales!...

V

Fosforece la bruma de mi olvido,
en una ingenua evocación me pierdo...
Abro los ojos; y al adormecido
campo, y al sol en plenitud, les pido
paz, un poco de paz... y este recuerdo...

1908



¡ALELUYA!

¡Aleluya, aleluya,
aleluya, alma mía!
Que en un himno concluya
mi doliente elegía:
Ya me dijo: Soy tuya!
Ya le dije: Eres mía!
Y una voz encantada
que de lejos venía,
me anunció la alborada
me gritó: ya es de día!

Todo es luz y tibieza
lo que fué sombra fría;
se apagó la Tristeza,
se encendió la Alegría.

Ya le dije: Eres mía!
Ya me dijo: Soy tuya!
— ¡Cuánto sol tiene el día! —
¡Aleluya, aleluya,
aleluya, alma mía!

1909



TU AMOR ES UN MILAGRO...

Tu amor es en mi vida como un milagro, hecho
por obra de un divino poder que todo alcanza:
tocaste con tu mano la herida de mi pecho
y floreció la herida con rosas de esperanza.

Como árbol en diciembre, mi corazón impuro
tiritita en su desnuda miseria; y lo sacudes,
y de él brota un enjambre de ensueños, al conjuro
de no sé qué encantada varita de virtudes.

Nevado y yermo y triste, como invernal pradera,
mi espíritu al futuro su soledad extiende;
y en él pones los ojos... y es una primavera
inesperada y dulce la que tu amor enciende.

¿De qué Merlín sapiente, de qué Bibiana astuta,
de cuál fosca hechicera, de cuál viejo adivino,
supiste de mis males iluminar la gruta
con la maravillosa lámpara de Aladino?

¿Qué nigromancia oculta, qué mágicos licores,
qué kábala secreta, qué signos zodiacales,

metamorfosearon las sombras en fulgores,
y en medieval alcázar la gruta de mis males?

No sé... las ilusiones florecen en mi pecho;
la juventud me vuelve su ardor y su esperanza;
las golondrinas bullen bajo el ruinoso techo...

Tu amor es en mi vida como un milagro, hecho
por obra de un divino poder que todo alcanza.





ASÍ FUÉ

Lo sentí: no fué una
separación sino un desgarramiento:
quedó atónita el alma, y sin ninguna
luz, se durmió en la sombra el pensamiento.

Así fué; como un gran golpe de viento
en la serenidad del aire. Ufano,
en la noche tremenda,
llevaba yo en la mano,
una antorcha con que alumbrar la senda,
y que de pronto se apagó; la obscura
asechanza del mal y del destino,
extinguió así la llama y mi locura.

Ví un árbol a la orilla del camino
y me senté a llorar mi desventura.

Así fué, caminante
que me contemplas con mirada absorta
y curioso semblante.

Yo estoy cansado, sigue tú adelante;
mi pena es muy vulgar y no te importa.
Amé, sufrí, gocé, sentí el divino
soplo de la ilusión y la locura;
tuve una antorcha, la apagó el destino,
y me senté a llorar mi desventura
a la sombra de un árbol del camino.



A UNA SANTA MEMORIA

Ya mi tristeza es de verdad; ya empieza
a enmudecer, huraño, el sufrimiento;
ya no es la melancólica pereza,
ya no es el ideal presentimiento.

Ya es el pulso; falta de firmeza,
en la boca, amargura,
surco en la frente, cana en la cabeza,
y en la mano temblona, crispatura.
Ya no quiere hacer versos mi tristeza.

Es la vejez que viene. A la distancia
de un pasado remoto va mi sueño,
como va, en una nube, una fragancia.
Ya está cerca la muerte, y la desdén.

Pero aún guardo un capricho de la infancia:
contra el muro me encaro, zahareño,
en un rincón sombrío de mi estancia,
y me pongo a llorar como solía
cuando era débil, cándido y pequeño...
y me juzgo feliz porque soy dueño
de mi grito de entonces: ¡Madre mía!

ALBOMEN AYSAZ AND

Trípticos

(1905-1906)



TRÍPTICO DE LAS TENTACIONES

PRIMERA TENTACIÓN

En la ribera

Sí, recuerdo el naufragio; y en la playa
seco mi ropa, como el gran Latino;
y que la nave que sin rumbo vino,
lista otra vez para zarpar, se vaya;

yo no, que hundí tras la movable raya
del mar, mi fe, mi amor y mi destino...
Dejadme este crepúsculo divino
en que mi vida, como el sol, desmaya.

Mas resurgen en mí las tentaciones,
cuando tú en la penumbra te perfilas,
de encararme a borrascas y aquilones;

y, volviendo a mis horas intranquilas,
perder mi último barco de ilusiones
en el abismo azul de tus pupilas.

SEGUNDA TENTACIÓN

En la cima

Blonda de nieve y sol, como lejana
cima, al fin de un paisaje de leyenda;
blonda de luz y nubes, de estupenda
blancura de celaje en la mañana;

blonda de mármol y oro, de pagana
y ritual actitud—¡Venus tremenda!—;
blonda de leche y miel, como una ofrenda
pastoril de bucólica romana.

Y bien; descíñe del pudor la venda,
blonda ideal, que la pasión te encienda,
y que a un beso de amor, dulce y sonoro,

bajo la boca audaz que te profana,
el rubor y el placer fundan en grana
nieves, mármoles, sol, nubes y oro!

TERCERA TENTACIÓN

En jardín ideal

Viniste a mí, cuando por vez primera
salía del dolor que hirió mi pecho,
como sale un doliente de su lecho:
por ver en el jardín la primavera,
y morir... Y llegaste; y lisonjera,
una voz gritó en mí: ¿Dime, qué has hecho
de tu caudal de amor? ¿Con qué derecho
quieres matar tu fe? ¡Vive y espera!
Y aquí estoy; en la banca ensombrecida,
como un convaleciente que reposa,
leyendo el triste libro de la vida;
mientras que corres tú, gentil y hermosa,
tras un sueño de amor entretenida,
como un niño tras una mariposa.

1906





TRÍPTICO CREPUSCULAR

EN EL CIELO

El cielo y yo quedamos frente a frente.
Y eran como tropel de informes canes
persiguiendo una fuga de titanes,
las nubes milagrosas del Poniente.

En el fondo de púrpura candente,
los forzados y altivos ademanes
erguíanse en coléricos afanes
y vaguedad de sueño...

De repente
se iluminó de sol el friso obscuro,
y el oro interno, sideral y puro,
rompió en deslumbramientos de escarlata,
resplandeció con palidez de luna,
y lentamente se deshizo en una
apacible visión de ópalo y plata.

EN EL LAGO

Las aguas, con azul fosforescencia,
reflejan el crepúsculo divino
más tenue, más sutil, más cristalino
bajo una luminosa transparencia.

Las ondas, en su gárrula impaciencia,
se desgranán en polvo diamantino,
y en un rosa de nácar, dulce y fino,
diluyen, de los rojos, la violencia.

Los matices celestes, áureos domos,
torres de llama, encajes policromos,
submarinos alcázares fabrican;

Y el lago, en la fusión de los colores,
en un muaré joyante, que salpican
de pétalos de luz, ardientes flores.

EN EL ALMA

... Y todo vive en mí... pero ¡quién sabe!
Entre la sombra, la conciencia mía,
canta con ideal melancolía,
no sé qué sueño misterioso y grave.

Por una estela de oro va la nave
rumbo hacia el horizonte en agonía,
y a lo lejos, nostálgica del día,
en el postrer fulgor se baña un ave.

Yo pongo en la remota lontananza
una piadosa y mística esperanza
como una ofrenda a mis delirios vagos,

y junto mis humanos desconsuelos
al dolor infinito de los cielos
y a la inmortal tristeza de los lagos.

Chapala, 1905.



El poema del lago

(1906)

A Jesús Valenzuela



I

A UN ÁRBOL DEL CAMINO

¿Qué dice tu nervioso gesto de *Selva obscura*,
árbol vetusto y seco sin una verde rama?
Con cicatriz de hachazos y quemazón de llama,
como un espectro tiendes tu sombra en la llanura.

¿Qué dice, viejo inmóvil, tu fiera crispatura?
¡Tremendo y misterioso debe de ser tu drama!
Parece que te encoges, y al cielo que te infama
quieres lanzar tu grito de inmensa desventura.

Es trágico el profundo silencio de las cosas;
lo inanimado sufre dolencias pavorosas,
ignotos infortunios que no tienen consuelo;

porque la Vida es toda crueldad, y es inconsciente,
porque es la tierra a todo dolor indiferente,
y es impasible y muda la inmensidad del cielo.

II

PAISAJE MATINAL

¡Qué soledad augusta! ¡Qué silencio tranquilo!
El lago, quieto, monorítmicamente canta,
y sobre el sauce, cuyas frondas me dan asilo,
un pájaro su débil cancioncita levanta.

En las perladas linfas, como una red de hilo
de cristal blanco, tiende, la luz que se abrillanta
con las ondulaciones, su claridad. Y un filo
de sol, oculto en una nube que se adelanta,

rompe, sereno y frágil, las aguas, a lo lejos.
En las violetas cumbres, tapices de reflejos
desgarran, al capricho, sus ocres bordaduras,

y una remota barca, despliega, puro y leve,
en el azul del aire, su triángulo de nieve,
que brilla bajo el hondo zafir de las alturas.

III

TARDE SERENA

Es un gran vidrio glauco, y es terso y transparente,
y copia, espejeante, la playa florecida,
con un matiz tan rico, tan claro, tan valiente,
que el agua da, a colores y a formas, nueva vida.

La sierra, al esfumino, se borra de allá enfrente,
como una nube incierta que al cielo va prendida,
y, voluptuosa y fresca, columpia la corriente
un haz de lirios muertos bajo la luz dormida.

El lago soñoliento no canta *sotto voce*;
no tiembla. Vive en una tranquilidad que asombra.
Presto vendrá el crepúsculo con su oriental derroche;

el lago, limpio y terso, como una verde alfombra,
espera a que lo agiten las alas de la noche,
o, en tempestad, lo encrespen las manos de la sombra.

IV

PRIMER INTERMEDIO ROMÁNTICO

A una amiga lejana

Es diáfano el crepúsculo. Parece
de joyante cristal. Abre en el cielo
su ágata luminosa; y es un velo
en que el azul del lago desfallece.

En ámbares cloróticos decrece
la luz del sol; y ya en el terciopelo
de la penumbra, como flor de hielo,
una pálida estrella se estremece.

Mientras las aves lentamente giran,
la sombra avanza que los oros merma,
y entre la cual las púrpuras espiran.

Yo dejo que mi espíritu se aduerma,
y me pongo a soñar en que me miran
tus ojos tristes de esmeralda enferma.

V

DÍA NUBLADO

El viento arruga y mueve pesadamente el lago
que se levanta en olas de obscura refulgencia.
El horizonte extiende su azul brumoso y vago,
lo mismo que las aguas su gris opalescencia.

Hay una nube inmóvil, con el perfil de un mago
medieval, en la cumbre de la montaña. Herencia
de la noche lluviosa, cual iracundo amago,
la nube mancha un cielo de suave transparencia.

Una mañana fría de opaco claro-oscuro.
El sol, que las montañas pálidamente dora,
deja en el aire un tinte blanco, glacial y duro;

y un árbol viejo, en medio de la calma infinita,
al borde la margen, sobre el agua sonora,
parece un triste anciano que en su dolor medita.